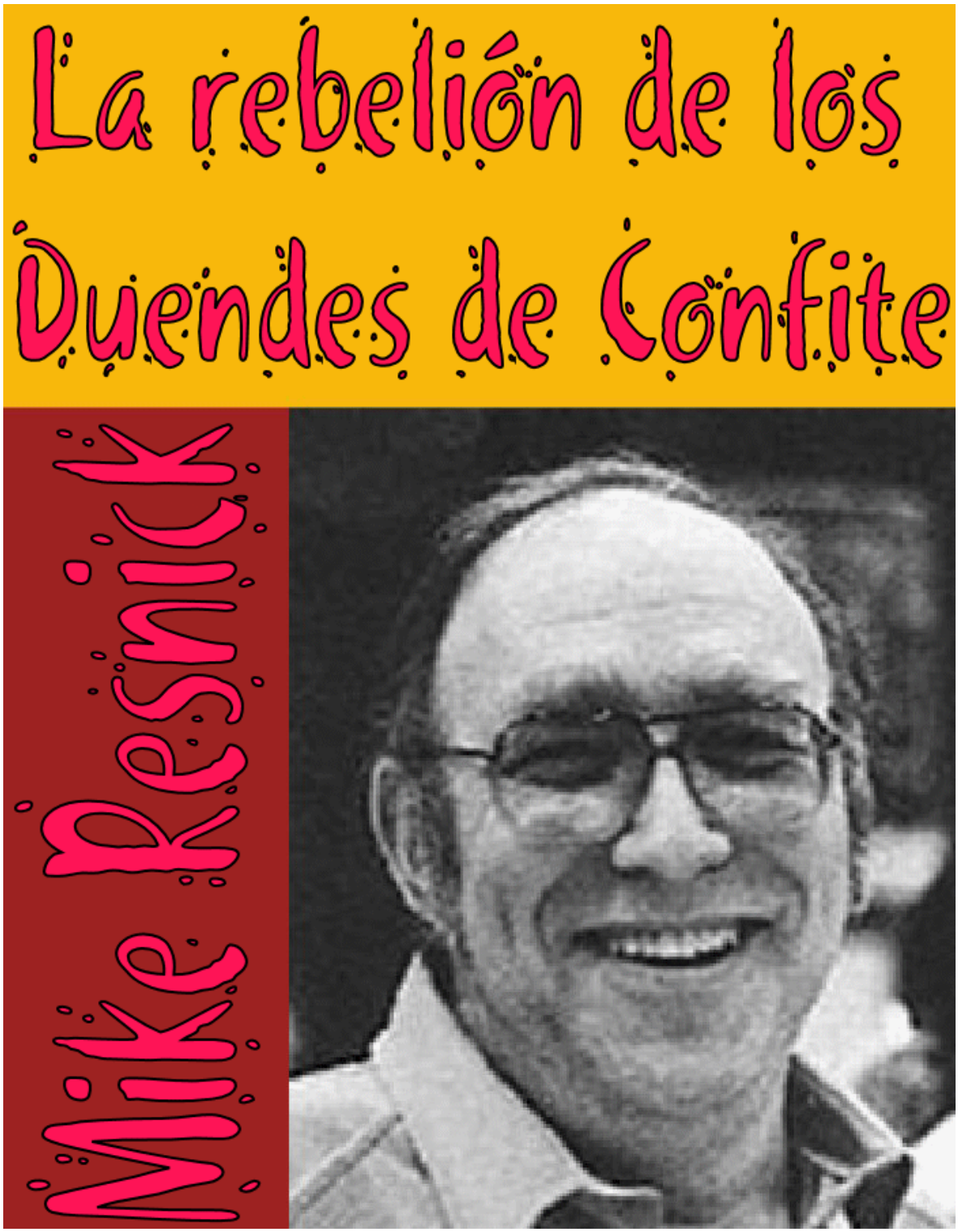
La rebelión de los Duendes de Confite
Mike Resnick



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Arthur Crumm no creía en los fantasmas.

Tampoco creía en los centauros.

Ni tampoco creía en gnomos, o goblins, o gorgonas, ni en nada que empezara por G. ¡Ah!, y podríamos añadir la H a la lista: tampoco creía en las hechiceras o en las hadas.

De hecho, se habría podido escribir un libro gordísimo sobre las cosas en que no creía, excluyendo tan sólo una: los Duendes de Confite.

En ellos sí que creía.

Por supuesto, no tenía elección. Su sótano estaba lleno de ellos. Eran de diferentes tonos de azul, ninguno medía más de cuarenta y cinco centímetros, y poseían unas voces estridentes y chillonas que habrían hecho enloquecer a sus gatos, si los hubiera tenido. Sus ojos eran grandes y redondos, como si los hubiera dibujado alguien especializado en pintar niños sobre terciopelo negro. Su nariz era pequeña y chata, eran todos un poco panzudos, e iban vestidos como si fueran a ser presentados a la reina Isabel. Tenían un aspecto mono aunque un tanto empalagoso, y hacían que el ratón Mickey pareciera un barítono a su lado. Pero la idea del crimen anidaba en sus mentes.

Llevaban menos de una hora en el sótano de Arthur, pero éste ya había conseguido diferenciarlos, aunque fuera más difícil de lo que uno pudiera imaginar tratándose de un grupo de diminutos duendes azules. Estaba Campanilla, el más radical del grupo, a juicio de Arthur; Índigo, con su acento español; el viejo Espina de Plata, el ultraconservador; Tono Púrpura, el político; Mancha de Tinta, quien decía chorradas como si hubiera nacido para ello; Azul Real, que parecía ser su jefe, y St. Looie Blues, siempre solitario y tocando un triste y diminuto saxofón.

-Bueno, sigo sin comprender cómo habéis llegado hasta aquí -decía Arthur.

No muchos hombres estarían dispuestos a sentarse en la escalera de su sótano a conversar con un grupo de Duendes de Confite, pero Arthur era pragmático y consideró que la presencia de los duendes obedecía a una de dos razones: o estaba loco, o su casa estaba infestada de duendes. Y, ya que no se consideraba loco, decidió presuponer que se trataba de lo último.

-Ya te lo he dicho: vinimos aquí por cuadratura interdimensional

- contestó Campanilla con brusquedad-. ¡Aguza el oído, imbécil!

- Ese no es modo de hablarle a nuestro anfitrión -terció Tono Púrpura, conciliador.

- ¡Anfitrión, y un cuerno! -soltó Campanilla-. Si fuera nuestro anfitrión, nos dejaría en libertad. Es nuestro apresador.

- Yo no os capturé -señaló Arthur tímidamente-. Bajé aquí y os encontré a todos pegados al suelo.

- Eso es porque parte de la Pepsi que guardabas se derramó por todo el suelo -replicó Campanilla-. A ver qué cretino guarda botellas defectuosas en su sótano.

- Por lo menos podrías haberle puesto moqueta al suelo -añadió Espina de Plata-. No sólo es pegajoso, sino que está frío.

- Ahora libéranos para que podamos llevar a cabo nuestra implacable y terrible venganza -prosiguió Campanilla.

- ¿Vengaros de mí? -preguntó Arthur.

-Tú no eres más que un insignificante extra en el espectáculo de nuestras vidas -afirmó Azul Real-. Nosotros aspiramos a más.

-Está bien, tío -se interpuso Mancha de Tinta-. Tú nos liberas, y a lo mejor no te hacemos nada, ¿de acuerdo?

- A mí me parece que si no os dejo libres, tampoco me haréis nada

- opinó Arthur.

-¿Lo ves? -exclamó Índigo, furioso-. Os lo he dicho una y otra vez: ¡no te puedes fiar de

los gringos!

-Si no os gustan los gringos, ¿por qué escogisteis mi sótano? -re-trucó Arthur.

-Bueno, eh..., en realidad no es que lo escogiéramos -reconoció Azul Real un tanto incómodo.

-Entonces ¿cómo llegasteis hasta aquí?

-¡Por cuadratura interdimensional, tonto! -dijo Campanilla, quien por fin había conseguido descalzarse, aunque sólo fuera para que los pies se le pegaran al suelo junto a los zapatos vacíos.

-Eso ya lo has dicho antes -señaló Arthur-. Pero para mí no tiene sentido.

- ¿O sea que es culpa mía que no tengas ni idea de ciencias? -replicó Campanilla, agarrándose el pie izquierdo y dándole un fuerte tirón, en vano.

-Trata de explicarlo de otra forma -sugirió Arthur, mientras Campanilla volvía a intentar sin éxito mover el pie.

-Déjame intentarlo a mí -se ofreció Espina de Plata, girándose para colocarse frente a Arthur-. Activamos el 'Teorema de Desplazamiento Espacio-Tiempo de McLennon y Whittaker, pero no tomamos en cuenta las Variables Helmhiser o el Principio de Incertidumbre Kobernykov. -Se detuvo-. Y bien, ¿te he ayudado?

- No mucho -admitió Arthur.

- ¿Y qué más da? -dijo Azul Real-. Estamos aquí, y eso es lo único que importa.

-Todavía no tengo claro por qué estáis aquí -insistió Arthur.

-Es una cuestión de orgullo racial -contestó Azul Real con dignidad.

Arthur se rascó la cabeza.

- ¿Estáis orgullosos de estar enganchados al suelo de mi sótano?

-No, claro que no -gruñó el viejo Espina de Plata, irritado-. Estamos aquí para defender nuestro honor.

-¿Cómo?

-Hemos organizado una campaña de pillaje, destrucción y venganza -explicó Azul Real-. El mundo entero temblará ante nosotros. Los hombres fuertes se desplomarán, las mujeres y los niños se encerrarán con llave, e incluso los animales saldrán corriendo para apartar-se de nuestro camino.

-¿Un grupo de Duendes de Confite que ni siquiera pueden despegar los pies del suelo? -se burló Arthur.

-No nos subestimes -dijo Campanilla con su voz de falsete-. Nosotros los Duendes de Confite somos malvados. Somos capaces de aterrorizar a comunidades enteras. -Hizo una mueca-. O lo seríamos, si pudiéramos despegar los pies.

-¿Y vosotros siete sois la avanzada?

-¿Qué avanzada? Somos toda la fuerza invasora.

-¿Una fuerza invasora de tan sólo siete Duendes de Confite? -repitió Arthur.

-¿Nunca viste Los siete magníficos? -retrucó Azul Real-. Yul Brynner no necesitó más de siete pistoleros para amansar a aquella ciudad mexicana.

-Y Toshiro Mifune sólo necesitó siete espadachines en Los siete samuráis -añadió Campanilla.

- Es evidente que el siete es un número místico de un gran poder espiritual -agregó Tono Púrpura.

- Además no vendría nadie más -dijo Espina de Plata.

- ¿A alguno se le ha ocurrido observar que no sois ni siete espadachines ni siete pistoleros? -preguntó Arthur-. Resulta que sois siete duendes pequeños, panzudos y totalmente indefensos.

- Oye, guapo -intervino Mancha de Tinta-. Pequeños pero matones.

- Así es -corroboró Índigo-. Degollamos a unos cuantos, vemos unos vídeos «pomo», y luego volvemos a casa.

-Eso si conseguimos saber cómo llegar hasta allí -añadió Espina de Plata.

-Intentamos invadir el mundo a vuestra manera y mira adónde hemos ido a parar -gruñó Campanilla, irritado-. De regreso a casa, tomaremos la segunda estrella a la derecha.

- Eso es una patraña -protestó Tono Púrpura.

- ¿Ah, sí? -replicó Campanilla-. ¿Cómo lo harías tú? -Muy sencillo. Cierras los ojos, juntas los talones tres veces, y dices: «Como en casa no se está en ninguna parte» -respondió Tono

Púrpura-. Cualquier tonto lo sabe.

-¿A quién estás llamando tonto? -se enfureció Campanilla.

- Eh... No es que quiera entrometerme en vuestra discusión -dijo Arthur- pero tengo la impresión de que los dos sois víctimas de una falsa doctrina.

-¡Muy bien, sabiondo! -gritó Campanilla ¿Cómo lo harías tú? Arthur se encogió de hombros.

- No tengo ni la más remota idea de dónde vinisteis.

-¡Pues del País de los Duendes de Confite! ¿Cómo puedes ser tan tonto?

-Puedo ser bastante tonto a veces -confesó Arthur-. Pero nunca he sido lo bastante tonto como para quedarme enganchado en el suelo de un sótano en un mundo extraño sin saber cómo volver a casa.

- Está bien -admitió Campanilla de mala gana-. Tuvimos un pequeño problema aquí. No hagas de ello un asunto de estado.

- Avisadme cuando tengáis un gran problema -dijo Arthur-. Estoy alucinado.

- Deja de burlarte de nosotros, gringo -amenazó Índigo-, o te añadiremos a la lista.

-¿La lista de gente a la que pensáis matar?

-Eso es, hombre.

- Sólo por curiosidad, ¿es muy larga esta lista? -preguntó Arthur.

-Bueno -repuso Azul Real-, de momento, así por encima, aproximadamente... digamos que asciende a tres.

-¿Quiénes son? -se interesó Arthur.

-El número uno de nuestra lista es Walt Disney -declaró Azul Real.

-¿Y los otros dos?

-El coreógrafo... ¿cómo se llamaba?, ah, sí, Balanchine. Y el compositor ruso, Chaikovski.

-¿Qué es lo que os han hecho? -quiso saber Arthur.

- Nos convirtieron en el hazmerreír de todos -aseguró Campanilla-. Disney nos hizo monos y mimosos en Fantasía, y Balanchine nos hizo bailar de puntillas en Cascanueces. ¿Cómo se supone que debemos disciplinar a nuestros hijos con una imagen así? Nuestras mujeres se ríen de nosotros cuando deberían caer a nuestros pies, nuestros hijos nos contestan, nuestros enemigos no prestan la menor atención cuando asediamos sus ciudades. -El pequeño duende se de-tuvo para tomar aliento-. Ya le avisamos a aquel ruso lo que ocurriría si no cambiaba la «Marcha del Duende de Confite». ¡Ahora le ha-remos pagar por ello!

- No sé cómo decíroslo -dijo Arthur-, pero los tres están muertos. Inmediatamente St. Looie Blues se puso a tocar una versión de jazz de «Han vuelto los días felices».

- ¡Para eso! -gritó Campanilla, furioso.

-¿Qué pasa, hombre? -preguntó St. Looie Blues.

- ¡No hay nada que celebrar! ¡Nos han robado nuestra justa y terrible venganza!

-Si todos eran del tamaño de este de aquí -dijo St. Looie Blues señalando a Arthur-, de todas formas no habrías podido hacer mucho más que morderles el dedo del pie. -Siguió tocando su instrumento.

-Bueno, ¿qué vamos a hacer? -inquirió Campanilla con pesar-. ¡No podemos haber venido aquí para nada!

-Quizá podríamos matar a cada uno de sus primogénitos -sugirió Tono Púrpura-. Eso le daría un bonito toque religioso.

-Quizá deberíamos volver a casa -acotó Azul Real.

-¡Eso nunca! -replicó Campanilla-. ¡Todavía representan el ballet, todavía escuchan la sinfonía, todavía ponen la película!

-En setenta milímetros hoy en día -añadió Arthur amablemente.

-Pero ¿cómo podemos evitarlo? -preguntó Azul Real.

-Supongo que tendremos que matar a todos los músicos y bailarines de este mundo, y destrozar todas las copias de la película -opinó Espina de Plata.

-¡Eso es! -aprobó Campanilla-. ¡Vamos allá!

Nadie se movió.

-Arthur, viejo amigo -dijo Tono Púrpura-, me pregunto si podríamos suplicarte, como posible superviviente de nuestra próxima guerra sangrienta, que nos despegues de aquí.

Arthur suspiró.

- Creo que no.

- ¿Por qué no? -inquirió Azul Real-. Te hemos dicho todo lo que querías saber, y tú no estás en nuestra lista.

-Serían asesinatos.

- Las definiciones cambian en estado de guerra -respondió Tono Púrpura-. No nos consideramos asesinos.

Arthur negó con la cabeza.

- No lo entendéis. Ellos os matarían a vosotros.

- ¡Eso es absurdo! -gritó Campanilla.

- Ridículo -añadió Espina de Plata.

- ¿Tenéis armas? -interrogó Arthur.

-No -admitió Campanilla-. Pero tenemos mucho sentido común. No le tememos a nada en absoluto.

- Bueno, eso no es del todo cierto -declaró Tono Púrpura tras un momento de reflexión-. A mí personalmente me aterran los espíritus malignos, los monstruos de los fosos, y los altos niveles de colesterol.

- A mí me aterran las alturas -confesó Azul Real-. Y tampoco me gusta mucho la oscuridad.

En un momento, todos los Duendes de Confite habían elaborado largas listas de cosas que los asustaban.

- Bueno, a algunos de nosotros apenas nos asusta nada, con alguna excepción -rectificó Campanilla tímidamente-. Y los demás pueden ser valientes y atrevidos en determinadas circunstancias.

-Yo que vosotros haría las maletas y me iría a casa -opinó Arthur.

-¡No podemos! -replicó Campanilla-. Aunque supiéramos cómo llegar, no podemos aparecer ante los nuestros y decirles que nuestra misión fue un fracaso, que ni siquiera llegamos a salir de tu sótano.

- Sabemos que lo dices por nuestro bien, Arthur -añadió Espina de Plata-. Pero tenemos nuestro orgullo.

-Así que ahora -concluyó Azul Real-, si nos ayudas a liberarnos, nos marcharemos, dejando una modesta estela de muerte v destrucción a nuestro paso.

Arthur negó con la cabeza.

- Lo estáis haciendo todo mal.

- ¡Qué sabrás tú de guerras de venganza! -gruñó Campanilla.

-Nada -admitió Arthur-, pero sé que matar a un grupo de personas, aunque fuerais capaces de hacerlo, no impediría que volvieran a poner Fantasía todos los años.

- Eso es lo que dices tú -replicó Campanilla con más convicción de la que sentía.

-Eso es lo que sé -lo corrigió Arthur-. Mirad, no sé por qué habría de ayudaros, excepto que sois muy monos. -Los siete lanzaron fuertes y estridentes gruñidos al oír esto-. Y, de todas formas, en realidad no creo en vosotros. Pero si fuera yo el que tuviera que planear esta operación -prosiguió-, me introduciría en el ordenador de distribución de Disney y sacaría

todas las copias de Fantasía. De este modo os ahorraréis el tener que ir a todos los teatros del mundo en busca de las copias.

- ¡Es una gran idea! -aprobó Azul Real entusiasmado-. Eh, chicos, ¿no es una gran idea? ¡Sencillamente maravillosa! -Se detuvo un momento-. Por cierto, Arthur, ¿qué es un ordenador?

Arthur se lo explicó.

-Todo eso está muy bien -dijo Espina de Plata cuando Arthur terminó-, pero ¿cómo impedimos que se represente el ballet?

- Supongo que las indicaciones de Balanchine ya habrán sido introducidas en un ordenador -respondió Arthur-. Sólo hay que encontrar el ordenador y borrarlas.

- ¿Y la música de Chaikovski?

Arthur se encogió de hombros.

-Eso ya es más difícil.

- Bueno, dos de tres no está mal -opinó Mancha de Tinta-. Eres un buen tío, Arthur, para no ser ni siquiera azul.

- Sí, gringo -añadió Índigo-. Me quito el sombrero ante ti. O me lo quitaría, si encontrara un sombrero a mi medida.

- Está bien, Arthur -declaró Azul Real-. Estamos listos para marcharnos. Ahora suéltanos, e indícanos qué dirección tomar.

- Estamos muy lejos de California -dijo Arthur mientras liberaba uno a uno a cada duende-. ¿Cómo pensáis llegar hasta allí?

- Del mismo modo en que llegamos aquí -respondió Espina de Plata.

-Pues es probable que acabéis en Buenos Aires -concluyó Arthur. -Un argumento contundente -coincidió Tono Púrpura.

- Podríamos volar -sugirió Espina de Plata.

-¡Magnífica idea! -exclamó Tono Púrpura con entusiasmo. Entonces hizo una pausa y frunció el entrecejo-. ¿Podemos volar?

-No sé, tío -repuso Mancha de Tinta, agitando los brazos-. Si podemos, está claro que yo no me acuerdo cómo se hace.

-De todos modos me dan miedo las alturas -comentó Azul Real-. Tendremos que encontrar otro sistema.

-Quizá podríamos reducir nuestros cuerpos a los protones y electrones de que están compuestos y llegar hasta allí a través de las líneas telefónicas -propuso Campanilla.

-Tú primero -dijo Tono Púrpura.

-¿Yo? -exclamó Campanilla.

-¿Por qué no? Es idea tuya, ¿no?

-Bueno, se me ocurrió a mí, así que es justo que otro lo pruebe -replicó Campanilla, irritado.

-Quizá podríamos hacer autostop -sugirió Índigo.

- ¿Tú qué opinas, Arthur? -inquirió Azul Real. Miró por todo el sótano-. Eh, ¿adónde ha ido Arthur?

- Si nos está denunciando a las autoridades, le voy a dar una patada en la espinilla... -aseguró Campanilla.

De repente apareció Arthur en el rellano de las escaleras con una gran caja en las manos.

-Ya me he hartado de oíros discutir -anunció, bajando la caja al sótano.

-¿Para qué es eso? -preguntó Azul Real, nervioso, señalando la caja.

- Meteos dentro -dijo Arthur, empezando a levantarlos del suelo. -¿Todos nosotros?

Arthur asintió con la cabeza.

- ¿Por qué?

-Os voy a mandar en barco a las oficinas de Disney -explicó Arthur-. Una vez allí estaréis solos.

-¡Genial! -gritó Azul Real-. Ahora podremos hacer estragos en nuestros enemigos y expiar el honor de nuestra raza.

- O quizá conseguir algún trabajillo en Disneylandia -añadió St. Looie Blues.

Dos semanas más tarde, cuando Arthur Crumm volvía del trabajo con una bolsa de comida en la mano, se encontró a los siete Duendes de Confite encaramados en los diferentes muebles de su sala de estar.

Campanilla llevaba gafas de sol y cadenas de oro. Índigo estaba fumando un puro casi tan grande como él. Espina de Plata lucía un pequeño alfiler de diamantes en la oreja izquierda. St. Looie Blues había cambiado su saxofón por un sintetizador. Los demás también mostraban detalles reveladores de que habían estado en la costa oeste.

- ¿Cómo diablos habéis entrado aquí? -preguntó Arthur.

-El servicio de transportes nos trajo hasta la puerta -contestó Azul Real-. Nosotros nos encargamos del resto. Espero que no te importe.

- Supongo que no -dijo Arthur, dejando la bolsa sobre la mesa-.

Tenéis... eh... buen aspecto.

- Nos va bien -aseguró Azul Real-. Y te lo debemos todo a ti, Arthur.

- ¿Así que conseguisteis realmente frenar la distribución de Fantasía?

-Ah, eso -dijo Campanilla con desdén encogiéndose de hombros-. Descubrimos que estábamos hechos para algo mejor.

-¿Ah, sí? Pensaba que vuestro objetivo era destruir hasta la última copia de la película.

-Eso era antes de que aprendiéramos a utilizar su ordenador -explicó Campanilla-. Arthur, ¿sabes cuánto dinero genera esa película todos los años?

-Muchísimo -supuso Arthur.

-Decir «muchísimo» es quedarse corto -aseguró Azul Real-. Esa maldita película es una mina de oro, Arthur, y cada dos años surge una nueva generación de espectadores.

- Así que no destruisteis las copias -concluyó Arthur-. ¿Qué hicisteis entonces?

- ¡Compramos la mayor parte de las acciones de Disney! -declaró Campanilla, orgulloso.

-¿Que hicisteis que'?

- Disney -repitió Campanilla-. Ahora nos pertenece. Vamos a fabricar muñecos en forma de Duendes de Confite, camisetas de Duendes de Confite, cereales de Duendes de Confite...

-Las matanzas y el pillaje están muy bien -explicó Tono Púrpura-, pero el marketing, Arthur, ¡ahí es donde se encuentra el verdadero poder!

- ¿Cómo os lo pudisteis permitir? -preguntó Arthur con curiosidad.

- No somos muy buenos en cuadratura interdimensional -explicó Azul Real-, pero descubrimos que tenemos un verdadero don para los ordenadores. Sencillamente manipulamos la Bolsa para comprar el Ballet de Nueva York y a la vez todos los derechos de las indicaciones de Balanchine. Y, cuando tuvimos el dinero suficiente, engañamos a Xerox, nos agenciamos de Polaroid, y compramos Disney. -Parecía increíblemente satisfecho de sí mismo-. Fue muy fácil.

-¿Y qué fue de Tchaikovsky?

- No podemos impedir que la gente lo escuche -respondió Campanilla-, pero ahora somos dueños de parte de las principales compañías de grabación de Norteamérica, Inglaterra y la Unión Soviética. Y tendremos los canales de distribución dentro de tres semanas. -Hizo una pausa-. ¡Los ordenadores son divertidísimos!

-¿Así que ahora vais a volver al País de los Duendes de Confite? -inquirió Arthur.

-¡Por supuesto que no! -contestó Azul Real-. Cualquiera puede ser un Duende de Confite. Pero se requiere una cierta habilidad y nobleza innatas para triunfar como luchador en los negocios, para interpretar correctamente la relación entre los precios y las ganancias, encontrar fondos, atacar en el momento justo y hacer que tu enemigo financiero caiga de

rodillas ante ti.

-Supongo que sí.

-Sobre todo cuando tienes limitaciones físicas, como nosotros -pro-siguió Azul Real-. No nos podemos dirigir bien a los asistentes a una reunión de negocios, no podemos utilizar un teléfono que esté a más de medio metro del suelo; sólo podemos viajar en paquetes de agencias de transporte...

-Ni siquiera tenemos una dirección -añadió Tono Púrpura.

-Sin embargo, el mayor problema -dijo Campanilla- es que ninguno de nosotros tiene un número de seguridad social ni de identificación fiscal. Lo cual significa que Hacienda intentará confiscar todos nuestros bienes a finales del año fiscal.

-Sin mencionar lo que nos hará la Comisión Bursátil -agregó Es-pina de Plata con tristeza.

- ¡No me digas! -comentó Arthur, pensativo.

- Pues te lo acabamos de decir -replicó Campanilla.

- Entonces quizá permitiréis que os haga una sugerencia...

Tres días después, Arthur Crumm y Asociados compraron una plaza en la Bolsa de Nueva York, y antes de un mes habían adquirido otra en la Bolsa Norteamericana.

Hasta hoy nadie ha sabido gran cosa de ellos, salvo que son una compañía de inversión pequeña y cerrada, que obtienen unos beneficios anuales realmente impresionantes, y que se expandieron recientemente con la creación de parques basados en el tema de los Duendes de Confite, y con la realización de una producción cinematográfica. De hecho, se rumorea que han contratado a Sylvester Stallone, Arnold Schwarzenegger y Madonna como protagonistas de Fantasía II.